

Reportaje

Jesús, modelo de adultez Pbro. Silvio Marinelli

Jesús no toma nunca actitudes y comportamientos altivos, típicos de quien se siente superior a los demás. En su lenguaje es extremadamente sencillo, para que todos puedan entender y se sientan a gusto.

Desde un punto de vista humano, Jesús se nos manifiesta como una persona madura, equilibrada, rica en humanidad, sensible, etc., etc.

De todos los rasgos de su rica personalidad, quiero evidenciar algunos.

La capacidad de relación es, ante todo, un elemento que llama la atención. Jesús sabe relacionarse con todos: gente importante y sencilla, culta e ignorante, sana y enferma, honrada y considerada pecadora. Con todos Jesús sabe intimar: su mirada llena de bondad, respeto y valoración del interlocutor; su palabra directa y precisa y, al mismo tiempo, nunca hiriente o amenazante; su estilo suave y, al mismo tiempo, capaz de cundir en las entrañas de las personas. Vemos a Jesús capaz –a la altura, podríamos decir- de ser huésped esperado en las fiestas, banquetes y bodas, e interlocutor respetado y respetuoso en las polémicas; capaz de estar en una casa en amistad y de compartir su vida con la muchedumbre; sin ningún complejo de inferioridad frente a las autoridades. Lo vemos con niños, mujeres, extranjeros y paganos, gente campesina y trabajadores de la laguna, con los escribas y los sacerdotes del templo, con los enfermos y los pecadores con sus amigos y también con quien no le demostraba particular aprecio.

La humildad y sencillez en el trato hacen un binomio con su capacidad de relacionarse. Jesús no toma nunca actitudes y comportamientos altivos, típicos de quien se siente superior a los demás. En su lenguaje es extremadamente sencillo –las parábolas-, para que todos (verdaderamente todos) puedan entender y se sientan a gusto. La sencillez se manifiesta también en el rechazo de asumir actitudes desafiantes o de teatralidad, para jalar la atención o manipular a la gente. No buscaba el reconocimiento, el honor, la aprobación de los demás.

Jesús es dueño de sí mismo, de sus emociones, de lo que pueda decir la gente, de las presiones sociales. Esto denota un nivel muy elevado de auto-estima y confianza en sí mismo: Él es dueño de su persona, capaz de estar a solas para llevar a cabo su misión, cuando los demás no lo entienden. Es otro aspecto de su carácter: la fortaleza y la integridad de su persona: una personalidad cabal, íntegra, fuerte, entera y decidida.

Llama la atención también su capacidad de ternura, de compasión, de finura psicológica para detectar los sufrimientos más escondidos y los anhelos de rescate manifestados con gritos o silencios elocuentes. Jesús – muy firme y decidido- nunca rechaza el contacto de pararse para escuchar la petición de ayuda de muchas personas con corazón desgarrado. La generosidad se manifiesta no sólo en sus últimos días, sino que es una nota dominante de su temperamento y actividad: siempre para los demás, capaces de entregarse, de hacer de su vida un don, de perdonar e invitar la esperanza.

Algunos, no reconociendo en Jesús su humanidad, piensan que Él no tenía el deber de la oración, entendido como diálogo con Dios Padre. Al contrario, Jesús nos revela el secreto de su capacidad de donarse y de ser un “hermano universal” para todos: su relación –íntima

y profunda- con el Padre. No sabemos lo que Jesús decía al Padre, pero sabemos que los apóstoles, después de haberlo visto en oración, sintieron el deseo de imitarlo y que les explicara cómo relacionarse con Dios. En Jesús vemos una fe y una religiosidad madura, sin vetas de superstición o de actitud mágica. Él es libre con su Dios, Abbá: confiado y abandonado en Él, sin rasgos de miedo o sujeción. En el diálogo con su Padre, Jesús encuentra los motivos profundos para entregarse y continuar el camino difícil de su misión.